

# El corte de café en **la montaña**

Ma. Eugenia Santana E.\*

*En el siguiente trabajo abordamos los avatares de las mujeres en la cosecha del café en Flor del Río, (municipio Las Margaritas). Los aspectos presentados hablan de la difícil realidad de la montaña, como se le dice comúnmente a la selva en las comunidades de esa región. Estas mujeres bien pueden ser el botón de muestra de otras miles que habitan la selva de Chiapas.*

## **"No está bueno, hermanos..."**

Una vez, estando de visita en La Rebancha, una población cercana a Flor del Río, en la ermita católica escuché al catequista de esa comunidad decir lo siguiente:

*No está bueno, hermanos, como estamos haciendo con nuestras mujeres en el corte de café: cuando hay trabajo ellas van al cafetal, y cuando nos pagan el café en Margaritas nos compramos nuestras botas y nuestro pantalón nuevo y a ellas nada. Luego regresamos a la casa y el dinero que nos sobró, lo guardamos en el cofre, le echamos llave y nos la guardamos. No les damos nada a ellas... ¡no está bueno así, hermanos...!*

Cuando regresé a Flor del Río, donde yo vivía entonces, en una reunión con las mujeres les platicué lo que había escuchado y les pregunté su opinión. Ellas estuvieron de acuerdo que así era y...*lo más jodido* —dijeron— *es que*

*nosotras sufrimos más que los hombres en el corte del café, pues tenemos que cuidar a nuestros pebinitos mientras cortamos café, amamantar y cuidar a los tiernitos (como les llaman a los niños que son todavía de brazos) y crece mucho el trabajo porque en la casa seguimos haciendo lo mismo de siempre...*

Sí, la clásica doble jornada, que ya de tanto mencionarla a veces parece convertirse en algo natural, como parte irremediable de la vida de las mujeres.

## **Flor del Río**

Esta pequeña comunidad enclavada en la selva del sur de Chiapas, se formó como un anexo del ejido San Lorenzo cuando cinco hermanos decidieron separarse para irse a vivir cerca del agua, cerca del río (de ahí su nombre, que se lo puso el más anciano, don Lucas). Ahora la comunidad ha crecido y está formada por las



\* Ma. Eugenia Santana es antropóloga social, estudiante de la maestría en recursos naturales y desarrollo rural en ECOSUR, en el área de Población y Salud.



familias de los hijos y las de los nietos de aquellos hermanos, todos tojolabales.

Lo particular de Flor del Río es que se trata de un *colectivo*, o sea que quienes viven ahí tienen en común sus tierras, ganado y cafetales y los beneficios de todo esto se reparten por igual, según el número de miembros de cada familia. Esto quiere decir que los hombres trabajan juntos en equipos para hacer milpa, atender el ganado y cultivar el café. Las mujeres también tienen trabajos comunitarios y entre ellos está la cosecha del grano.

### La doble jornada

Antes de salir al cafetal, las mujeres ya dieron de desayunar a la familia e hicieron las tortillas para el almuerzo que se llevarán al campo. Zenaida, por ejemplo, tiene siete hijos: la mayor de 11 años —una pequeñita con ojos de capulín que se ha convertido en mujer demasiado temprano—, el menor es un recién nacido. No los puede llevar a todos al cafetal, así que deja a los mayorcitos encargados de echarle agua a los frijoles que ella ha puesto a cocer en una olla de barro, acomodada en medio de brasas sobre el fogón.

*—No se les olvide estar echándole agua a los frijoles, y tengan cuidado con el fuego ¡no se vayan a quemar! Si les entra hambre coman guineo, yo vuelvo en la tarde. Nicasio, no te vayas al río y mirá que no se meta el chucho a la cocina—. Les recomienda antes de irse al cafetal, casi amaneciendo.*

Las mujeres llegan con sus hijos cargando en el rebozo y así los tendrán todo el día: tres, cuatro o cinco kilos en la espalda, todo el día. Otras, además del que está en el rebozo, ya traen uno en el vientre... y también pesa. Todo el tiempo estarán paradas ahí, cortando café.



—*Mamá hace frío, está lloviendo*—. Dice uno de los hijos que ya no tienen el privilegio de estar en el rebozo de su madre.

—*No está lloviendo, es el agua del cafetal. Al rato se te va a quitar el frío, aguántate, ya va a calentar el sol.*

Los árboles que dan sombra a los cafetos hacen una alfombra de hojas que esconden raíces grandes, robustas: parecen trampas cuando se camina entre los cafetales. Las mujeres se tuercen los tobillos. Los niños gatean y juegan entre hojas que esconden bichos. De vez en cuando se oye un llanto y una madre corre a ver qué le pasó a su hijita o su hijito. Algunas otras también acuden, dan consejos, buscan al animal que picó al pequeño para saber si es grave. El resto sigue cosechando: se estiran para alcanzar las ramas más altas. Cortan con cuidado, no deben cortar el *tupito* del que está prendido el fruto del café, sólo la frutita. No es un trabajo fácil, se requiere destreza, manos fuertes y ágiles.

El día avanza y el calor pega fuerte, aun en la sombra. Las mujeres deciden tomar un descanso: se quitan el rebozo y lo extienden sobre el piso, ahí acuestan al *tiernito*. Los niños mayores —de tres, cuatro años—

ya están cansados, hastiados de estar en ese sitio. Ya se quieren regresar y apenas va la mitad de la jornada.

### Dos corazones

Lo más duro para las mujeres durante el corte de café no es sólo el cansancio físico ni la doble jornada. Es esa preocupación constante por sus hijos. Lo dicen así:

*Lo más jodido es que una está con dos corazones: estamos piense y piense en los que se quedaron en la casa: cómo estarán, que no se quemen con agua caliente o con el fuego (¡peor si hay viento!), que si el otro se fue al río, ¡madre mía, que no le pase nada! Y también estamos con preocupación de los que nos trajimos: que no los piquen los animales, que no tengan hambre. Esta tensión permanente ha de hacer más agotadora su tarea.*

Cae la tarde. Las mujeres regresan de prisa cargando su cosecha. Los hombres también volverán cansados. Pero ellas ya deben tener la comida lista. *Ojalá no se bayan quemado los frijoles*, piensan en el camino. Llegan a casa. Apenas se lavan las manos y se ponen a *tortear*. Después de dar de comer a la familia, comen ellas. Luego corren por unas mazorcas y se ponen a desgranar: alimentan a las gallinas, limpian la cocina, lavan el maíz y lo ponen a cocer en



el fogón. Al día siguiente, este maíz ya se habrá enfriado y lo molerán para hacer las tortillas y así cada día.

Ya es de noche. Zenaida extiende petates en su casita de piso de tierra para que se acuesten sus niños, sus tesoros: el motivo de su existencia. Éstos se tienden y pronto se quedan dormidos, todavía con su carita chorreada de caldo de frijol... La madre se enternece al mirarlos. Luego regresa a la cocina a esperar que se acabe de cocer el nixtamal. Casi se queda dormida, pero despierta a tiempo para retirar el balde del fuego. Con una candela en la mano, Zenaida entra al cuarto donde ya todos están durmiendo, camina a tientas para no despertarlos y encuentra un lugar junto a su esposo. ¡Por fin va a dormir después de un día tan largo! Pero él acerca su cuerpo al de ella. Parece que su jornada aún no termina... ☺

## ENTÉRATE

En la crianza de alpacas en Sudamérica, las mujeres se encargan del pastoreo, el encierro, la alimentación, el parto y el cuidado de las crías, en tanto que los hombres son responsables de la esquila y la venta. Sin embargo, los proyectos de introducción de tecnología —vacunaciones, controles sanitarios y de apareamiento— han sido dirigidos primor-

dialmente a los hombres, quienes por estar ausentes de sus zonas de residencia durante muchos meses, no pueden aplicar los nuevos conocimientos al ganado, perdiéndose no sólo los recursos financieros y humanos, sino el objetivo de mejoramiento implícito en el proyecto.

Fuente: E. Campaña, El contenido de género en la investigación de sistemas de producción. ☺